

AMÉLIE NOTHOMB

Sed



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Amélie Nothomb

Sed

Traducción de Sergi Pàmies



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Soif
© Éditions Albin Michel, 2019
París, 2019

Ilustración: Production Iconoclast Image. © Jean Baptiste Mondino

Primera edición: febrero 2022

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Sergi Pàmies, 2022

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2022

Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8110-3

Depósito Legal: B. 1140-2022

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Siempre supe que me condenarían a muerte. La ventaja de esta certeza es que pude centrar mi atención en lo que la merece: los detalles.

Creía que mi juicio sería una parodia de justicia. Y efectivamente lo fue, aunque no del modo que había creído. En lugar del trámite apresurado y formal que había imaginado, sacaron la artillería pesada. El fiscal no dejó nada al azar.

Uno tras otro, los testigos de cargo fueron desfilando. No di crédito cuando vi llegar a los recién casados de Caná, los beneficiarios de mi primer milagro.

—Este hombre tiene el poder de transformar el agua en vino —declaró, muy serio, uno de los cónyuges—. Sin embargo, esperó al final de la boda para ejercer su don. Se complacía con nuestra angustia y humillación cuando podría habernos ahorrado ambas perfectamente. Que el mejor

vino se sirviera después del mediocre fue culpa suya. Fuimos el hazmerreír de todo el pueblo.

Miré con calma a los ojos de mi acusador. Me sostuvo la mirada, convencido de tener la razón.

El funcionario real también hizo acto de presencia para describir la mala fe con la que había sanado a su hijo.

—¿Cómo está ahora su hijo? —no pudo evitar preguntarle mi abogado, el menos eficaz de los abogados de oficio que uno pueda imaginar.

—Muy bien. ¡Menudo mérito! Con su magia, le basta una palabra.

Uno a uno, los treinta y siete beneficiarios de mis milagros fueron sacando sus respectivos trapos sucios. El que más gracia me hizo fue el exposado de Cafarnaúm:

—¡Desde el exorcismo mi vida es de lo más banal!

El antiguo ciego se quejó de lo feo que era el mundo; el antiguo leproso declaró que nadie le daba ya limosna; el sindicato de pescadores de Tiberíades me acusó de haber favorecido a una cuadrilla frente a las demás; Lázaro contó hasta qué punto le resultaba odioso tener que vivir con el olor a cadáver impregnado en la piel.

Obviamente, no fue necesario sobornarles, ni siquiera exhortarles. Cada uno acudió a decla-

rar en mi contra por su propia voluntad. Más de uno manifestó hasta qué punto le aliviaba poder desahogarse por fin en presencia del culpable.

En presencia del culpable.

Mantuve una falsa calma. Tuve que esforzarme al máximo para escuchar todas aquellas letanías sin reaccionar. En cada caso miré a los ojos al testigo sin más expresión que una sorprendida afabilidad. En cada caso me sostuvieron la mirada, me desafiaron, me miraron con desprecio.

La madre de un niño al que había curado llegó a acusarme de haberle arruinado la vida.

—Cuando mi pequeño estaba enfermo, se portaba bien. Ahora, en cambio, no deja de retorcerse, gritar, llorar, ya no tengo ni un minuto de tranquilidad, ya no puedo dormir por la noche.

—¿Acaso no fue usted quien le pidió a mi cliente que curara a su hijo? —preguntó el abogado de oficio.

—Curarlo, sí, pero no volverlo tan endemoniado como era antes de ponerse enfermo.

—Quizá debería haber sido más precisa en este punto.

—¿Es omnisciente sí o no?

Buena pregunta. Sé siempre Τι y nunca Πώς. Conozco los complementos directos y nunca los

complementos circunstanciales. Así que no, no soy omnisciente: voy descubriendo los adverbios sobre la marcha y me siguen asombrando. Tienen razón los que dicen que el diablo está en los detalles.

En realidad, no solo no fue necesario convencerlos para que testificaran, sino que lo estaban deseando ardientemente. La complacencia con que cada uno declaró en mi contra me llenó de asombro. Más aún por cuanto no era en absoluto necesario. Todos sabían que sería condenado a muerte.

Esta profecía no tiene nada de misteriosa. Ellos conocían mis poderes y podían atestiguar que no los había utilizado para salvarme. Así pues, no albergaban ninguna duda respecto al desenlace del caso.

¿Por qué se empeñaron entonces en infligirme tan inútil infamia? El enigma del mal no es nada comparado con el de la mediocridad. Durante su testimonio, pude sentir hasta qué punto estaban disfrutando. Disfrutaban comportándose como miserables en mi presencia. Su única decepción fue que mi sufrimiento no se notara más. No porque quisiera negarles ese placer, sino porque mi sorpresa superaba con creces mi indignación.

Soy un hombre, nada humano me es ajeno. Y sin embargo no entiendo qué pudo apoderarse

de ellos en el momento de soltar semejantes abominaciones. Y considero mi incomprensión como un fracaso, una carencia.

Pilatos había recibido instrucciones respecto a mí y pude percibir su contrariedad, no porque le resultara simpático en absoluto, sino porque los testigos irritaban lo que quedaba en él de hombre racional. Le confundió mi estupefacción, quiso darme la oportunidad de protestar contra aquel torrente de estupideces:

—Acusado, ¿tienes algo que decir? —me preguntó con la expresión de un ser inteligente dirigiéndose a un semejante.

—No —respondí.

Asintió con la cabeza, con expresión de estar pensando que era inútil echarle un cable a quien muestra tan poco interés por su propia suerte.

En realidad me mantuve callado porque tenía demasiadas cosas que decir. Y si hubiera hablado, no habría sido capaz de disimular mi desprecio. Me atormenta sentirlo así. Llevo el suficiente tiempo siendo hombre para saber que ciertos sentimientos no deben reprimirse. Lo importante es dejar que pasen sin intentar llevarles la contraria: así no queda rastro de ellos.

El desprecio es un diablo durmiente. Un diablo que no ejerce no tarda en marchitarse. Cuando estás ante un tribunal, las palabras cobran el

valor de actos. No manifestar mi desprecio equivalía a no dejarle actuar.

Pilatos consultó a sus consejeros:

–La prueba de que estos testimonios son falsos es que nuestro hombre no está ejerciendo ninguna magia para librarse de ellos.

–Tampoco es ese el motivo por el cual exigimos que sea condenado.

–Lo sé. Solo quiero condenarlo. ¡Pero me habría gustado no tener la impresión de hacerlo por patrañas!

–En Roma el pueblo necesita pan y circo. Aquí necesita pan y milagros.

–Bueno. Si se trata de política, no me parece mal.

Pilatos se levantó y declaró:

–Acusado, serás crucificado.

Me gustó su economía de lenguaje. Lo bueno del latín es que nunca comete pleonasmos. Habría odiado que dijera: «Serás crucificado hasta la muerte.» Una crucifixión no tiene otro desenlace posible.

Eso no impide que me impactara escucharlo de su boca. Miré a los testigos y percibí su tardío malestar. Sin embargo, todos sabían que sería condenado y habían llevado su celo hasta el extremo de contribuir activamente a aquella sentencia. Ahora fingían considerarla efectiva y sentirse

impactados por lo bárbaro del procedimiento. Algunos intentaban cruzar su mirada con la mía para distanciarse de lo que iba a ocurrir. Miré hacia otro lado.

No sabía que moriría así. No era una noticia menor. Primero pensé en el dolor. Mi mente lo esquivó: no se puede asimilar un dolor semejante.

La crucifixión se reserva a los crímenes más vergonzosos. No me esperaba semejante humillación. Así que eso era lo que le habían pedido a Pilatos. Inútil perder el tiempo en conjeturas: Pilatos no se había opuesto. Tenía que condenarme a muerte, pero podría haber elegido la decapitación, por ejemplo. ¿En qué momento se le acabó la paciencia conmigo? Sin duda al no negar los milagros.

No podía mentir: aquellos milagros eran cosa mía, en efecto. Y, contrariamente a lo que afirmaban los testigos, me habían costado unos esfuerzos inauditos. Nadie me enseñó el arte de llevarlos a cabo.

Entonces tuve un pensamiento divertido: por lo menos, el suplicio que me esperaba no iba a exigirme ningún milagro. Bastaba con dejarme llevar.

—¿Lo crucificamos hoy? —preguntó alguien.

A Pilatos le asaltó la duda y me miró. Le debió de parecer que algo fallaba porque respondió:

—No. Mañana.

Una vez a solas en mi celda, entendí qué deseaba que sintiera: miedo.